

# Los fantasmas de Sien-T'ang

P'u Sung-Lin\*

Wang-Che-Siú vivía con su padre junto al lago Tung-t'ing. Eran dos hombres muy robustos, capaces de levantar a pulso un mortero de piedra, y ambos se distinguían extraordinariamente en el juego de pelota. No había nadie que fuera capaz de lanzarla tan lejos como ellos, sólo con un puntapié bien dado.

Wang-Che-Siú tuvo la desgracia de perder a su padre en plena virilidad. Un día tuvo que ir al sur, a la provincia de Hu-nam, se ahogó al atravesar el lago Sien-t'ang, que es continuación del de Tung-t'ing. Habían transcurrido ocho años desde aquella desgracia, cuando Wang-Che-Siú, por cuestiones de negocios, tuvo que dirigirse también a Hu-nam. Se embarcó y atravesó el lago Tung-t'ing. Hacía una hermosa noche y Wang se quedó en el puente del barco en lugar de marcharse a dormir.

La luna nacía por Oriente, y, bajo sus rayos, las aguas brillaban como seda. Mirando y remirando y volviendo a mirar para ver mejor Wang acabó por descubrir a lo lejos, en aquella faja luminosa, cinco figuras humanas que salían del agua. La visión se tornó más clara: los fantasmas desenrollaron una gran estera, que extendieron sobre la superficie del lago, y que cubría aproximadamente media fanega.

Entonces llegó hasta Wang ruido de platos y copas, más grave y fuerte que el de los utensilios terrestres.

Tres de aquellos personajes estaban sentados en la estera y dos les servían. Entre los primeros había uno vestido de amarillo y

dos de blanco, y los tres se cubrían con gorros oscuros; sentados muy juntos, erguían el cuerpo de manera singular y majestuosa. A la luz difusa de la noche, Wang no distinguía bien a los criados; ambos vestían de negro con ropas muy amplias según parecía vistos desde allí, uno de ellos debía de ser muy joven y el otro ya entrado en años.

De pronto, en medio de la gran calma de la noche, llegó, sobre la superficie del agua el sonido de una voz. Wang supuso, observando un movimiento simultáneo a las palabras, que el que hablaba era el personaje vestido de amarillo:

—¡Qué placer beber juntos, con una luna tan clara como ésta!

A lo que contestó uno de los otros:

—Si, en un paisaje así, parece que se está viendo al rey del sur, dando una fiesta sobre los promontorios de praderas floridas.

Luego, los tres se divirtieron haciendo flotar sobre el agua sus tazas de metal pero bajaron la voz y dejaron de oírse sus palabras. Junto a Wang, los hombres de la tripulación, que también habían visto aquello, observaban inmóviles y sin respirar. Wang fijaba su atención en los fantásticos criados: el más viejo se parecía mucho a su padre, pero cuando hablaba, la voz no era la suya. Sería medianoche cuando se oyeron estas palabras:

—Aprovechemos la luz de la luna para jugar un partido de pelota.

Inmediatamente el criado más joven se sumergió y reapareció unos instantes después trayendo en las manos una pelota de superficie luminosa, que parecía de azogue. Los tres personajes se levantaron, y el de amarillo invitó al criado más viejo a tomar parte en el juego. Él no se hizo de rogar, y a la primera jugada tiró la pelota al aire, lanzándola a una distancia de muchas tocas.

\* P'u Sung-Lin (1622-?) Es uno de los clásicos chinos. Sus cuentos se publicaron hasta 1740 con el título de *Liao Tschaï Tschi* (*Los extraños cuentos de Liao Tschaï*). La presente edición fue tomada de la *Antología de Cuentos* de R. Menéndez Pidal, editorial Labor, Barcelona, 1969.



Su brillo deslumbraba. Pero ya no pudo volver a cogerla, y la pelota cayó con estruendo sobre el puente de la embarcación.

Wang no pudo resistir a su instinto de jugador: se levantó y arrojó la pelota con todas sus fuerzas. Le pareció extraordinariamente ligera, y creyó que la había roto. Pero la pelota subió rápidamente, iluminada por dentro con todos los colores del arco iris, y volvió a caer como un aerolito, esta vez en el agua, que la tragó con un ruido profundo.

Los tres personajes se pusieron furiosos. Se les oyó decir:

—¿Quién es el ser vivo que se atreve a perturbar nuestros juegos?

El criado más viejo intentó calmarlos:

—No os irritéis. Ha sido mi hijo, que es muy travieso.

Pero sus palabras exasperaron más a uno de los personajes vestidos de blanco.

—¡Viejo insolente! ¡Y eso te parece una gracia? Ve deprisa con el negro y tráeme al autor de la proeza, si no quieres pasarlo mal.

Wang no veía modo de escapar, pero a pesar de todo, no tenía miedo. Navaja en mano, de pie y al descubierto, se puso en guardia en medio del barco. Los otros blandiendo sables, saltaron en un rayo de luz y fue entonces cuando Wang reconoció a su padre y le llamó:

—Padre, es tu hijo quien está aquí.

Se miraron con desesperación, y durante ese momento desapareció el criado más joven.

—Escóndete deprisa— dijo el viejo—. Si no, estamos perdidos.

Pero ya los tres personajes llegaban a toda prisa y escalaban la borda. Tenían los rostros negros como laca y las niñas de los ojos mayores que aceitunas. Apartaron al viejo y se lanzaron sobre Wang. Entablóse una lucha terrible: el barco temblaba, las jarcias se rompieron. Finalmente Wang, de un violento navajazo, cortó un brazo al que iba de amarillo, que cayó al agua y desapareció. Quedaban los dos de blanco. Uno de ellos se arrojó contra Wang, pero él le dio un tremendo tajo en la cabeza, que le abrió el cráneo, precipitándolo por la borda del barco. El único superviviente huyó.

Los marineros que navegaban aquella noche por el lago Tung-t'ing, vieron desde muy lejos, cómo surgían del agua enormes gargantas, abiertas y profundas como un pozo. Por todas partes se precipitaban las olas con estruendo en aquella dirección y de repente, surgió una tromba que se elevó hacia el cielo estrellado.

Las embarcaciones eran sacudidas como si fuesen cribas de trigo. La que más peligro corría era la de Wang. Tenía por lastre dos tambores de piedra, que pesaban más de cien libras cada uno. Wang cogió uno de ellos y lo tiró por la borda; cayó con un ruido de trueno y las olas ya no subieron tanto. Soltó ancla y la tempestad amainó.

Junto a él se encontraba su padre, pero Wang no se le acercaba mucho, temiendo que fuera un alma en pena. Él adivinó el recelo de su hijo y le tranquilizó:

—No, no estoy muerto. De los dieciocho hombres que aquel día se ahogaron, todos fueron devorados por los demonios de las aguas, excepto yo, que me salvé por mi habilidad como jugador de pelota.

Padre e hijo cogieron los remos y, de acuerdo con la tripulación, se llevaron el barco rápidamente, lejos de aquel lugar maléfico. Cuando amaneció descubrieron en el puente una enorme aleta del delfín que medía cinco pies de largo: era el brazo cortado del personaje vestido de amarillo.